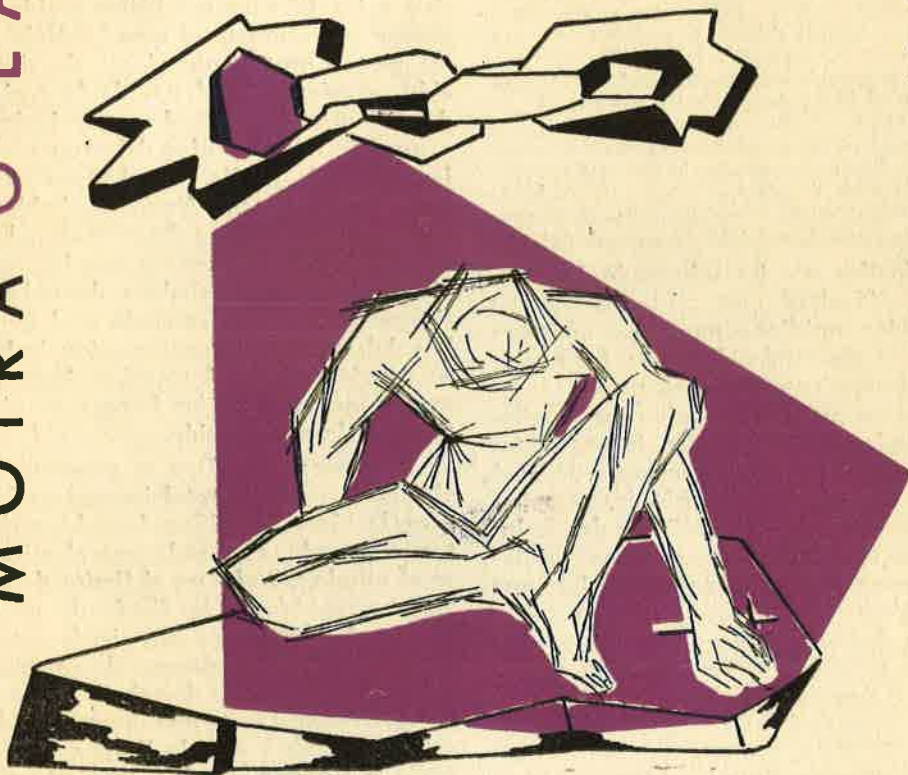


BIOGRAFIA DE

MOIRA O LA

UN PECCADO



Joaquín M. García de Dios, S. I.

«Los problemas planteados por esta novela pertenecen a dos órdenes distintos. Hay un problema psicológico: ¿cómo el piadoso José ha podido llegar al asesinato? Y un misterio de salvación: ¿José Day será un predestinado al infierno?» (1).

Blanchet, en su artículo, ha preferido desarrollar más ampliamente el segundo aspecto. Nosotros vamos a concentrarnos en el problema psicológico: el proceso de ese pecado en el que culmina la novela y que constituye el punto clave en la estructuración de la misma, intercalando algunas reflexiones sobre la responsabilidad del protagonista.

He preferido el título de "biografía" de un pecado porque en realidad el pecado es un acto vital (a veces una actitud vital) que exige también un estudio lo más lejano posible al esquema, a la abstracción. El pecado concreto (que es el único pecado) sólo puede conocerse objetivamente en la realidad vital en que fue cometido. Por eso resulta tan difícil juzgar los pecados de los hombres. Intervienen tantos factores en los detalles más mínimos de la vida de un hombre...

«Nuestros actos interiores, los mil pequeños detalles que registramos sin darnos cuenta, las numerosas y minúsculas negativas que dejamos pasar al filo de los días, tejen poco a poco, al nivel del inconsciente y del subconsciente (la Biblia diría al nivel «de los riñones y de los corazones», donde sólo Dios mira) una trama

(1) BLANCHET, ANDRÉ: *A propos de «Moira»*, de Bourget a Julien Green. Etudes, 267, 1950, pág. 98.

secreta: un día con ocasión de un suceso mínimo indiferente en sí, se produce una explosión súbita, un acto aparentemente preformado, dictado, que parece salir completamente armado de nuestro cerebro... Estos actos parecen inesperados, inexplicables; en realidad expresan una parte de nuestro ser íntimo. En otros términos la partida se juega al nivel de los *hábitos*, en el plano de esos actos secretos, de los pensamientos ocultos, de las complicidades interiores, casi inconscientes. Llega un día en que nuestra libertad profunda, la que está vinculada a la parte de nosotros mismos donde habla Dios, es enajenada, enredada en las mallas que nuestros actos han tejido en secreto» (2).

Moeller nos ha subrayado la principal dificultad que existe en nuestro proceder cotidiano para que podamos llegar a un juicio objetivo: los procesos inconscientes. Y eso vamos a intentar en nuestro artículo: hacer aflorar todos los elementos inconscientes que concurren en las acciones de José Day para poder después intentar un juicio sobre la culpabilidad de su lujurioso asesinato. Aunque me limitaré a enunciados, insisto en que hay que considerar todos esos elementos que voy a destacar, inmersos en un proceso vital; y cualquier proceso vital se nos escapa siempre a todo esquema (3).

(2) MOELLER, CHARLES: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, I, pág. 396. Gredos, 3.^a edic. Madrid 1960.

(3) Estudiar aquí esta novela pretendiendo seguir el proceso de la responsabilidad del pecado que constituye la trama de la misma, no significa ya una recomendación de su lectura a cualquier clase de público. La consideramos útil y conveniente —literariamente es muy buena— para personas bien formadas moralmente y muy recomendable para los padres que quieran ver expuestos de una manera viva y objetiva, los peligros que acosan a sus hijos al entrar en la universidad. Esto lograría que su educación estuviese orientada con un criterio eminentemente práctico y no los lanzasen al vacío, como sucede con nuestro protagonista. En la novela se nos brinda una tipología de universitarios variada y realista; desde el apóstol hasta el invertido y el corruptor... Por otra parte consideramos que esta novela es peligrosa para públicos jóvenes, no sólo por los pasajes escabrosos que pueda contener, sino sobre todo por la errónea interpretación que pueden darle: «el que quiere hacer del hombre un ángel, hace una bestia. Resistir a los instintos normales es desencadenar otros incomparablemente más no-

Una educación familiar puritana

José Day es arrojado a la universidad a los 18 años sin haber tenido el menor contacto con el mundo. Hijo de un pastor protestante ciego, de situación económica modesta, de la región de las montañas donde su principal ocupación era el cultivo del campo y la lectura de la Biblia (una lectura puritana, por supuesto). Nunca ha hablado con una mujer, fuera de su madre. Los únicos cantos que conoce son los religiosos. Le han enseñado a desnudarse siempre con la luz apagada y el nombre del baño en la conversación le hace enrojecer hasta las orejas. Naturalmente, que una mujer fume y se pinte es ya la prostitución.

Es decir: José Day se presenta en el mundo con una total impreparación para la vida. Identificando a la mujer con el pecado. Creyendo que el mirarse al espejo "*estaba en el límite de los actos permitidos*" (4). Haciendo de la lectura del Libro una especie de sacramento, o mejor diríamos, de superstición. Y con errores doctrinales que le habían colocado en una postura radicalmente falsa y que le llevó a la tragedia. Su padre le había enseñado que el cuerpo lleva al infierno y el alma al cielo. Que el cuerpo era enemigo del cristiano (5). En parte, estos principios falsos aprendidos e inculcados en su casa con interpretaciones adulteradas de la Biblia, son los que determinan la obsesión sexual en que va a vivir esta docena de días que dura la acción de la novela. No transige ni con el acto de la generación de los hijos: "*Somos concebidos en una crisis de demencia*" (6).

Se nos preguntará si pensamos que

civos». Sacar esta consecuencia sería no haber comprendido la novela; pero muchachos sin formación ordinariamente no llegarán a una comprensión más profunda.—La edición que citamos en nuestro artículo es la 4.^a de la Editorial Emecé Buenos Aires, 1958.

(4) Pág. 113.

(5) Pág. 127.

(6) Pág. 105.

una educación puritana, ocultando el mal que existe en el mundo, eligiendo siempre la interpretación más severa de la Biblia, creando desde la infancia hábitos que se elevan a la categoría de preceptos divinos, con la obsesión del peligro (de un peligro sin concretar y sin analizar) en todo lo que se sale de esos hábitos... predetermina al pecado. No podemos afirmar tanto. Únicamente queremos destacar que Julien Green ha subrayado este aspecto. Y que la realidad lo subraya también con demasiada frecuencia.

Naturalmente existe el polo opuesto, representado por Cecilio Rubes, protagonista de "Mi adolatrado hijo Sisi" de Delibes :

«¿Qué entiendes tú por educación? Bien. ¿Para qué necesita mi hijo que le metan en cintura? El puede tener de todo ¿comprendes? La educación se queda para los pobres, Adela. La educación debe ser más estrecha y severa cuanto más pobre se sea. Bueno, supongo que me comprendes ¿no? Bien. Si uno tiene diez y otro cinco, el de diez debe ser educado para diez y el de cinco para cinco. Mi hijo podrá tener siempre lo que desee y no hay por qué privarle de ninguna satisfacción. Bien, si educarle es reventarle y mortificarle, no voy a educar a mi hijo, eso es lo que quiero decir» (7).

Estos principios también llevan a una vida de pecado y a la degeneración como clima en la misma adolescencia. (Sisi es ya un degenerado a los 11 años y Ventura, a los 13, un corruptor).

Pero existe la verdadera educación, ese punto medio especialmente difícil (el rigorismo y el laxismo son bastante fáciles: basta con dejarse guiar por el propio temperamento) que describe tan acertadamente el Cardenal Newman: "Tomad las cosas tal como son y no como las deseáis. ¿Para qué educamos sino para la vida...? No podemos pertrecharlos contra todo sino contra lo que es inevitable. No entrar en el agua no parece buen método para aprender a nadar en aguas agitadas" (8).

(7) DELIBES, MIGUEL: *Mi adolatrado hijo Sisi*, pág. 124. Destino, Barcelona. 1.^a edic.

(8) Idea of University, Disc. VIII.

Es decir: una educación realista, en la que se expongan a los muchachos las realidades que van a encontrar en la universidad. Y para eso los padres deben estar enterados de ellas (9). Siendo conscientes de que ese acierto en la educación de su hijos es fundamental para su vida moral posterior y aun para su misma vida de fe.

La constitución física de José Day

José Day tiene una presencia que impide la indiferencia ante su figura. Atlético y bien formado, consciente de su fuerza, pelirrojo, con la piel blanca como la leche y los ojos negros (para que todos los rasgos sean sorpresas) hacen que todo el mundo se fije en él para tomar un partido.

Simón Demuth es un invertido y le acosa, en la más total ceguera de José (10). Se siente observado, señalado. A los demás les llama mentalmente "los otros" (11). Es objeto de bromas, admiración... Llegan a comparar su tez con la flor del magnolio "*Menos blanca que tú...*" (12) y gritan llamando a los bomberos para extinguir el incendio de su cabellera (13).

Tal vez lo más importante es que él mismo descubre en sí el sino de su constitución corporal sensual. "*Se detuvo ante un espejo... Aprovechando la oportunidad, examinó los ojos, cuyas ojeras solían inquietarlo, y la boca*

(9) No creo que baste una información superficial ni parcial. Y lo es cuando sólo se pregunta a las propias amistades o se lee un par de novelitas sobre el tema (*Bochorno, Nuevas amistades, El vagabundo pasa de largo...* para citar algunas de las últimas); aunque esto lo considero también muy útil porque a muchos padres de familia «demasiado ingenuos» les hará sufrir la lectura, pero les abrirá un poco los ojos sobre la realidad a la que ellos no suelen llegar.

(10) Omíto de intento señalar el proceso de esta vergonzosa persecución. Julien Green se limita a subrayar la total falta de comprensión de José. Para los que quieran reconstruir todo este proceso parcial: Páginas 66, 75, 94, 103-107, 120-128.

(11) Pág. 22.

(12) Pág. 65.

(13) Pág. 23.

que le pareció casi más gruesa que la de un negro. "Sensual", pensó con tristeza. No tenía el rostro que hubiera deseado" (14). Y en el subconsciente se va formando claramente la conclusión: Tengo un cuerpo predestinado al pecado.

En otra ocasión:

«Aunque siempre pensaba que el espejo era un objeto sospechoso, se permitió echar una mirada sobre ese nuevo rostro, pero casi inmediatamente una gran tristeza se apoderó de él: en efecto, el perfil hablaba el mismo lenguaje que la faz entera; esa nariz un poco levantada en el extremo, esa boca demasiado roja y demasiado carnosa, no eran rasgos que José hubiera deseado. Sin embargo era él, él mismo. Lanzó un suspiro y después de haberse cerciorado de que su pelo ocultaba bien la cicatriz, se juntó con su compañero: «Al menos —pensó— él no tiene el aspecto de un hombre carnal» (15).

Se siente destinado a la sensualidad por su misma constitución corporal, alejado de los demás, "señalado". Y esta misma disposición física sirve de base a una ira incontenible, desbordada, anormal.

Bajo el yugo de la ira

José Day no controla la ira que le brota espontánea. Es una ira especial, una ira camuflada en el celo apostólico, una ira que nace repentina, que se alía con la lujuria y que convive con la ternura. ("Y en él la ternura siempre al lado de la ira") (16).

Si quisiéramos establecer un proceso, señalando los hitos más importantes, podríamos decir que ya en el primer capítulo de la novela se nos presenta su intransigencia: no aprueba que Mrs. Dare fume. Intransigente hasta consigo mismo, de tal manera que si no ha de decir a su casa toda la verdad que está viviendo, no escribe.

Naturalmente, un hombre así, no sabe recibir las bromas. Praileau estuvo debajo de sus puños asombrado de su furia, y José, con sólo recordar la

pelea, la revive con tal violencia que vuelca su mesa de trabajo. El furor con que lucha y derriba a Praileau es el de un demente. Y tenemos que subrayar el juicio que le merece a su contrincante su manera de pelear: "Hace un rato quisiste matarme. No te atreviste: sin embargo, HAY UN ASESINO EN TI" (17). Esta frase ha traducido una realidad que muchas veces intentará aflorar a la superficie. El furor le puede y cuando llegue el momento del asesinato, se cumplirá el vaticinio, se cumplirá su destino, el que sentía escrito en los miembros de su cuerpo.

Para juzgar la responsabilidad de estos accesos, puede orientarnos el modo cómo se producían: "De tiempo en tiempo se le subían a la cabeza accesos de ira" (18). Y la razón última de este desencadenarse súbito de su ira es su mismo temperamento: "Yo sólo puedo querer con violencia porque soy un hombre de deseo" (19).

Tal vez lo más llamativo sea la relación que existe entre sus arrebatos de ira y algún estímulo sexual. Cuando lee un pasaje obsceno de Shakespeare y cae en la cuenta de su verdadero significado "tomando entre sus manos el libro abierto, lo desgarró en dos, y luego lo arrojó contra el piso con una expresión de furor" (20). Cuando Mac Allister intenta provocarle con sus obscenidades, José se despoja del cinto y la emprende a latigazos con él: "Y lo mismo que en el bosque, cuando había golpeado el árbol con la rama, tuvo la impresión de que su brazo obraba por sí solo" (21).

Moira es la que formula con más acierto la relación entre ambas pasiones. La expresa así a Celina en la carta que está escribiendo desde el cuarto del mismo José: "Normalmente eso es una buena señal pues la rabia, hija mía, es

(14) Pág. 54.
(15) Pág. 71-72.
(16) Pág. 67.

(17) Pág. 36.
(18) Pág. 31.
(19) Pág. 189.
(20) Pág. 86.
(21) Pág. 95.

una forma del deseo y nada está más cerca de las caricias que los golpes" (22). Esto fue una realidad inmediata. Luchan por la llave y José pierde los estribos. Cometido ya el pecado, ahoga con una manta a Moira. Naturalmente el último desenlace, el cumplimiento de su sino criminal ya no es consciente; se trata ya de un autómata. Pero el pecado de lujuria lo desencadenó la ira incontrolada; y el asesinato fue la última consecuencia. Tal vez no hubo una responsabilidad explícita en este último acto; pero en la subconsciencia es muy posible que se diese una motivación implícita.

«Consciente de su piedad, José lo era mucho menos de su temperamento de bruto y es la bestia mal dominada la que, en un momento de gran turbación, se arrojó sobre Moira. La bestia sin duda, pero también el ángel parece responsable del crimen. Se puede preguntar, en efecto, si el apóstol caído no ha querido estrangular su pecado y el «Angel Exterminador» no atacó a todos los pecados del mundo en esta muchacha impúdica» (23).

La observación de Blanchet me parece profunda, aunque creo que exagera la motivación subconsciente del hecho y no nos resuelve el problema de una culpabilidad real. Me inclino por la negativa.

La presencia de la obsesión carnal

A José le faltó la iniciación en materia de sexualidad. El camino que le marcaron fue totalmente equivocado y las consecuencias, trágicas: el objetivo era suprimir la naturaleza, condenar el instinto, maldecir de la carne y la consecuencia fue la caída más ruidosa y trágica en el pecado.

En realidad toda la iniciación familiar consistió en inculcarle unos hábitos de pudor llevados a la exageración y el silencio nacido del horror. Le enseñaron a desnudarse con la luz apagada, a aborrecer las estatuas desnudas ("¿Hermosos?... Están desnudos") (24), a tener por tentación el mirarse a un

espejo y poner impedimentos a que un sastre le tome las medidas para un traje.

La iniciación de José Day se la dió la vida de la manera más brutal. Las conversaciones obscenas de sus compañeros oídas a través de las paredes; la proximidad y requerimiento de un invertido; el primer frente a frente con una mujer "más atrayente y menos hermosa" de lo que él se había imaginado (25).

Su reacción ante estas sucesivas revelaciones que la vida le va haciendo, no es la de un normal. La descripción podría muy bien figurar en el cuadro sindrómico de un libro de psiquiatría:

«José enrojeció violentamente; le pareció que toda su sangre se le agolpaba en el cráneo, le golpeaban las sienes y se le hinchó la garganta. Llevándose las manos al cuello, se aflojó la corbata e hizo saltar el primer botón de la camisa. Ahora apretaba en vano sus dos puños sobre las orejas, los codos sobre las rodillas; había oído. Esas palabras se situaban en su memoria para no salir jamás, formaban una serie de imágenes de una precisión implacable, y por más que cerrara los ojos y meneara la cabeza de derecha a izquierda, se sintió bruscamente habitado por el demonio» (26).

Y con estas impresiones se va iniciando la "obsesión sexual".

Como consecuencia de la falta de una sana iniciación, la deformación del criterio y el error táctico.

Se cree fundamentalmente distinto a los demás:

«Los estudiantes no piensan más que en mujeres y en copas, mientras que usted...

—Yo no...

—Usted también; usted como los demás... Hay una bestia en cada uno de nosotros.

José estuvo a punto de gritar: ¡en mí, no! (27).

La posición de José es clara: "Odio el instinto sexual... Esa fuerza ciega es el mal". "No siempre". "Si siempre. somos concebidos en una crisis de demencia" (28). Y Killigrew se lo vuel-

(22) Pág. 197.

(23) BLANCHET, o. c. pág. 99.

(24) Pág. 50.

(25) Pág. 145.

(26) Pág. 57.

(27) Pág. 84.

(28) Pág. 104-105.

ve a formular en un momento de mayor serenidad: "Usted sólo ve en su cuerpo a un enemigo. Según usted, se lo ha dado el diablo. Toda carne está maldita para usted" (29).

Más que este error de criterio, lo que le hace caer víctima de la obsesión carnal es el error de táctica.

«—Perdóname lo que voy a decirte, José, pero piensas demasiado... en la fornicación, en lo que tú llamas la fornicación. Huyes de ella, lo sé, pero piensas en ella.

—Pienso en ella como se piensa en algo que se aborrece.

—José, no hay que pensar nunca, de ninguna manera.

Esta frase fue dicha en un tono de gravedad tan apremiante, que José sintió que se le anudaba la garganta.

—No puedo impedírmelo —murmuró» (30).

No insisto en textos análogos. La obsesión le crea una auténtica doble personalidad: "Algunas veces tengo la impresión de estar separado de mi carne: es como si hubiera en mí dos personas y que una de ellas sufre mientras la otra la mira sufrir" (31).

También el celo se hizo furia y obsesión

José Day llegó a la universidad con una persuasión obsesiva de su destino de redentor. Al primer hombre que ve cruzar debajo de la ventana, un pobre melonero que lleva su mercancía, lo cataloga entre las almas que tiene que salvar. El único criterio que utiliza para enjuiciar a Shakespeare es el de su monomanía: "¿Qué podía importarle esa riña entre dos familias italianas? ¿Y esa pasión de un hombre por una mujer, o mejor dicho, por una niña de 14 años? Lo que a él le interesaba era la salvación de las almas" (32). A Mrs. Dare, a Mac Fadden, el réprobo católico que estaba sentado a su lado en la clase. Al mismo David, su amigo íntimo: "Era ese proyecto de casamiento el que cegaba a David. Ya

la corrupción estaba en él, pero él los salvaría a todos" (23).

Naturalmente su apostolado también estaba transido de exaltación y de vehemencia. Pensaba en la conversión de Mrs. Dare: "Y presa de un súbito fervor se vió arrancándole a esa mujer lágrimas de vergüenza, promesas, un verdadero arrepentimiento, acaso hasta una confesión pública de sus faltas, como se hacía antaño. ¡Qué victoria!" (34).

El modelo de su apostolado era Cristo con el látigo, y el objetivo de su lucha la prostituta del Apocalipsis. Y cuando ya toda su vida era un incendio (un incendio de ira, un incendio de lujuria sin freno posible en un proceso arrollador) su apostolado lo veía como una posesión por el Espíritu Santo, con el consiguiente acompañamiento de carismas y señales exteriores. David pretende atraerle a la realidad, pero es inútil: "Tú amas al Señor en la paz, pero yo tengo la locura de Dios... El fuego es mi patria"... (35).

También como apóstol era verdad que "sólo podía querer con violencia porque era un hombre de deseo", un deseo sin posibles compromisos ni con la realidad del hombre ni con la naturaleza de las cosas.

Un juicio sobre la culpabilidad de José Day

Efectivamente, todos los datos que hemos aducido, no facilitan nada un juicio sobre su culpabilidad. Todo lo contrario. Precisamente es ahora cuando menos nos atrevemos a dar nuestro juicio.

Blanchet se arriesgó, y en cierta manera Julien Green aprueba su conclusión al felicitarle por su artículo:

«El que sabe leer, enseguida comprende que nos encontramos ante un enfermo. La vida de José es una cadena de crisis entre las que él no es nadie: crisis de proselitismo halucinado y de cólera exaltada y fracasada. Su sueño pesa-

(29) Pág. 160.

(30) Pág. 156.

(31) Pág. 175.

(32) Pág. 151.

(33) Pág. 166.

(34) Pág. 19.

(35) Pág. 189.

do y su inconsciencia después del asesinato recuerdan el estado de un epiléptico después de su crisis. Su celo mismo es una involuntaria pero lamentable caricatura del verdadero celo: inspirado, sin duda, en su transfondo, por una caridad auténtica, frecuentemente está servido (o malservido) por las facultades de un anormal. El cristianismo manda purificar la naturaleza; un temperamento de furioso intentará suprimirla» (36).

Moeller es más cauto en su sentencia. Utiliza una alegoría que aparece en el diario de Julien Green y que transcribo porque me parece que aporta puntos de vista muy interesantes para juzgar situaciones como la presente:

«Tenía ante los ojos del espíritu una gran ciudad construída como una fortaleza pero baja y completamente aplanada, en una vasta llanura, al crepúsculo. Salía de esta ciudad una luz incierta, y al cabo de un momento comprendí que esta ciudad era nuestra alma, y esta luz, la luz de la gracia. Sobre las murallas caminaba un hombre armado, y este hombre era la voluntad humana, que monta la guardia sobre los muros del alma. Y en la sombra, todo alrededor de la ciudad, una gran multitud andrajosa, de rostro sombrío y andar furtivo. Cuando uno de los vagabundos se acercaba a las murallas, el centinela lo apartaba con su espada, pero no podía impedir que uno o dos entrasen al fin, ni que otros siguiesen, ni que después de una hora toda la ciudad estuviera en poder de estos vagabundos harapientos, que representaban en mi espíritu los pensamientos de orgullo y de codicia» (37).

(36) BLANCHET, o. c. pág. 99.

(37) Journal IV, 4-5. Citado por MOELLER, o. c. pág. 432-33.

(38) MOELLER, o. c. pág. 433.

Y Moeller comenta: «Este texto describe el drama de José y también el nuestro. Si es raro que seamos *plenamente* responsables, en nuestra conciencia clara, de los pecados que cometemos, tampoco somos, ni con mucho, inocentes de ellos: nuestras complicidades secretas arraigan tan profundamente en nosotros, que no podríamos seguir viviendo si Dios, por su misericordia, no nos ocultara muchas veces la visión completa de nuestra debilidad fundamental» (38).

Cuando Dios da al alma mucha luz (como lo hace con los grandes santos) entonces quedan al descubierto esas pequeñas condescendencias semiincoscientes, y nos podemos explicar la sinceridad de sus expresiones cuando se juzgan como grandes pecadores. Y un síntoma de que la gracia nos va poseyendo es precisamente éste, que caemos en la cuenta de nuestras debilidades más pequeñas y que van disminuyendo en la trama de nuestra pequeña historia.

En concreto nuestro juicio final sobre la culpabilidad de José Day se puede resumir así: cuando en el hombre concurren una constitución física con elementos claros de anormalidad y una educación radicalmente equivocada, su inadaptación a las complejas circunstancias que presenta la vida es casi una necesidad y la responsabilidad de sus acciones un problema sin posible solución humana.

